

13 Job, 14 Jesus, 6 Josué, 15. Heldan, 16 Modan, 17 Helí, gran sacerdote en Silo; 18 Samuel, 19 Saul, 20 Aquías, 21 David, 22 Abimelec, 6 Aquimelec, 23 Natan, 24 Amasa, 25 Sadoc, 26 Gad, 27 Iditun, 28 Asaf, 29 Eman, 30 Etan, 31 Salomon, 32 el anciano que fué á Betel, 33 Sameas, 34 Oded ú Hodeth, el hombre de Dios, 35 Joad, 36 Addon, 37 Azarías, 38 Anani, llamado tambien Azarías, 39 Jehú, 40 Miqueas, 41 Elías, 42 Oziel, 43 Eliad, 44 Jesus, hijo de Ananías, 45 Eliseo, 46 Jonadad, 47 Zacarías, llamado tambien Azarías, 48 otro Zacarías, 49 Oseas, 50 Joel, 51 Amos, 52 Abdías, 53 Jonas, 54 Isaías, 55 Miqueas, 56 Nahum, 57 Habacuc, 58 Obed, 59 Abdadon, 60 Jeremías, 61 Baruc, 62 Sofonías, 63 Urías, 64 Ezequiel, 65 Daniel, 66 Esdras, 67 Aggeo, 68 Zacarías, 69 Malaquías, 70 Zacarías, padre de San Juan Bautista, 71 Simeon, 72 Juan Bautista, 73 Agabo, de quien se habla en los Hechos de los apóstoles. Los nombres de las profetisas son: 1 Sara, 2 Rebeca, 3 María hermana de Moises, 4 Débora, 5 Holda, 6 Ana, madre de Samuel, 7 Judit, 8 Isabel, madre de San Juan Bautista, 9 Ana, hija de Fanel, 10 María, madre de Dios.

San Clemente Alejandrino (1) cuenta treinta y cinco profetas desde Moises. Los Judíos (2) cuentan cuarenta y ocho profetas y siete profetisas. Los profetas son 1 Abraham, 2 Isaac, 3 Jacob, 4 Moises, 5 Aaron, 6 Josué, 7 Finées, 8 Elcana, 9 Helí, 10 Samuel, 11 Gad, 12 Natan, 13 David, 14 Salomon, 15 Addo, 16 Miqueas hijo de Jemla, 17 Abdías, 18 Alías silonita, 19 Jehú, hijo de Hanani, 20 Azarías, hijo de Oded, 21 Caziél, hijo de Matanías, 22 Eleazar, hijo de Dodon, 23 Oseas, 24 Amos, 25 Miqueas de Morasti, 26 Amos, 27 Elias, 28 Eliseo, 29 Jonas, 30 Isaías, 31 Joel, 32 Nahum, 33 Abacuc, 34 Sofonías, 35 Jeremias, 36 Urías, 37 Ezequiel, 38 Daniel, 39 Baruc, 40 Nerías, 41 Saraías, 42 Macasías, 43 Aggeo, 44 Zacarías, 45 Malaquías, 46 Mardoqueo; á estos se añaden para completar el número de 48. Hanameel, pariente de Jeremías, y Sellum, marido de Holda. Las profetisas son 1 María, hermana de Moises, 2 Débora, 3 Ana, 4 Abigail, 5 Holda, 6 Ester; y para completar el número de 7 añaden á las parteras de Egipto que dicen estuvieron llenas del espíritu de profecía. *

Véase aquí una sucesion bien larga y bien seguida, de la cual pudieran quitarse algunos: nuestra enumeracion fundada en la Escritura tiene mas seguridad.

IV.
Observacion sobre el intervalo que se halla desde Malaquías hasta Jesu-
cristo.

Despues de Malaquías, Dios no suscitó ya profetas como ántes; pero su espíritu no abandonó á su pueblo, y se vieron en él autores inspirados, como los que escribieron los libros de la Sabiduría, del Eclesiástico y de los Macabeos. El celo del pueblo sucedió al espíritu de profecía; Israel se mostró tan adicto á las leyes del Señor, cuanto en lo antiguo habia sido rebelde á sus órdenes. Las profecías poco atendidas al tiempo de su publicacion, se vieron con mas apre-

(1) Clem. Alex. Strom. libr. 1.—(3) Megillah. c. 1.

* La extravagancia de este cómputo es demasiado visible; sin embargo en el original que traducimos nada se dice sobre ella, y no sería extraño creyeren algunos que la adoptamos, como ha sucedido con algunos aunque pocos errores que se hallan en el original, y de los que no han faltado lectores que acusen á la traducción, olvidándose de que ésta no es mas que una traslacion de lo que el autor dijo en su idioma, y de que el corregir una obra es cosa muy diversa de traducirla. (T).

cio, y los profetas consiguieron despues de su muerte mayor fruto que el que habian logrado durante su vida: la esperanza del Mesías, de cuya próxima venida no se dudaba, sostuvo al pueblo en todas sus desgracias.

Mas en el intermedio se dejó ver un mal desconocido en Israel: el pueblo se dividió en diversas sectas, y desapareció la uniformidad en materia de religion. Hasta entónces la autoridad de los profetas habia mantenido á los espíritus en una misma creencia; pero desde este tiempo comenzaron á tomarse la libertad de interpretar la ley, y de formar partidos religiosos. Se dió crédito á tradiciones supersticiosas y mal fundadas; se adoptaron interpretaciones peligrosas y falsas, y la república de los Judíos estaba dividida en tres ó cuatro sectas opuestas cuando Jesucristo vino al mundo: la moral se habia corrompido, y las tradiciones falsas habian substituido á las verdaderas explicaciones de la ley del Señor.

ARTICULO III.

Carácter de los profetas de los Hebreos: su conducta, sus trabajos é inspiracion.

Nada tenian los Hebreos mas grande ni mas augusto que la vida y la presencia de sus profetas. Estos hombres divinos eran los filósofos, los sabios, los teólogos, los maestros y guías de aquella nacion, dice San Agustin (1). Sus discursos y sus oráculos hacian de alguna manera continuamente sensible y presente á Dios en Israel. Ellos eran como los muros de la religion contra la impiedad de los principes, contra la corrupcion de los particulares y contra el des-arreglo de las costumbres. Sus personas, sus ejemplos y sus palabras, todo era instructivo y profético. Dios los colocó en medio de su pueblo como pruebas de su presencia é intérpretes vivos de su voluntad. Muchas veces eran predicciones de lo que debía acontecer á la nacion, los sucesos de estos individuos. El Señor, hablando á Jeremías (2), que se quejaba de sus perseguidores, le dice: *Si te convirtieres á mí, yo te convertiré, y estarás firme en mi presencia; si supieres distinguir lo precioso de lo vil; si estimares como debes mis palabras y tu vocacion, serás como mi boca y el intérprete de mis voluntades. Este pueblo se convertirá á tí, y no serás tú quien se convierta á él. Yo te haré respecto de ellos como un muro de bronce fuerte é indestructible. Ellos te atacarán, pero no te vencerán, porque yo estoy contigo para librarte, dice el Señor.* Véase tambien á Isaías cap. XLIX. L. y LXI.

Aunque la autoridad de los profetas fuese grande en Israel, y el pueblo y los principes piadosos los escuchasen con respeto, y no emprendiesen cosa alguna importante sin su dictámen; su vida sin embargo era muy laboriosa, muy pobre, y muy expuesta á las persecuciones y malos tratamientos. Ellos vivian ordinariamente separados del pueblo en el campo, retirados, ó en comunidad con sus discípulos ocupados en el trabajo, en la oracion, en la predicacion

I.
Carácter de los profetas entre los Hebreos. Su conducta y trabajos.

(1) Aug. lib. xviii. de Civit. c. 41.—(2) Jerem. xv. 19. 20. 21.
TOM. XIII, 2

y el estudio. Pero sus tareas no eran de aquellas que demandan una dedicacion muy constante, y que son incompatibles con la libertad de espíritu, propio de su ministerio. Eliseo deja el arado (1) cuando se siente llamado á las funciones de profeta. Amos (2) dice, cuando el Señor le envió, que él no tiene otro oficio que el de apacentar ganados y cultivar higueras. Los hijos ó discípulos de los profetas que vivian bajo la dirección de Elías y de Eliseo, fabricaban por sí mismos sus celdillas, y cortaban la madera que les era necesaria (3).

Elías se vestía de pieles (4), Isaías llevaba un saco (5), que era el traje comun de los profetas; por lo cual Zacarías, hablando de los que falsamente se suponian tales, dice (6): *Ellos no se revestirán ya de sacos para mentir*. Los dos testigos del Apocalipsis se nos representan vestidos de sacos (7). La vida de los profetas muestra en todo su pobreza: se les regalaba pan (8), y tenian parte en las primicias que se repartian á los pobres (9): los muebles que la Sunamitis pone en la alcoba de Eliseo son sencillos y modestos (10): el mismo profeta rehusa los ricos presentes de Naaman, y maldice á Giezi por haberlos aceptado (11); y por el modo con que trata á su huésped hace ver la distancia en que se mantiene respecto de las personas del otro sexo (12), pues no le habla sino por medio de Giezi: ella no se atreve á entrar, ni á presentarse delante del profeta, y cuando quiere tocar los piés de este, aquel criado se lo estorba. Sin embargo, no todos los profetas vivian célibes. La Escritura hace mencion de las esposas de Isaías (13), de Oseas (14), y de la de otro profeta que quedó viuda é insolvente (15). Mas no habia mugeres en sus comunidades: su frugalidad brilla en toda su historia: es bien sabido el pasaje de las coluquintidas ó yerbas amargas que uno de los profetas hizo cocer para que sirviesen de comida á sus hermanos (16): el ángel que provee á Elías para un largo viaje, le ministra sólamente pan y agua (17). Habacuc no lleva á Daniel sino una comida muy ligera (18). Abdías sirve únicamente pan y agua á los profetas á quienes mantenía escondidos en cuevas (19).

Vemos frecuéntemente á los profetas hechos el blanco de la violencia de los príncipes cuya impiedad reprendian, y de los insultos y burlas del pueblo cuyos extravíos condenaban. Muchos padecen muerte violenta, y pertenecen al número de aquellos hombres santos cuyas penas y virtud celebra el Apóstol cuando dice: „Los unos fueron apaleados, no queriendo rescatar su vida, por alcanzar mejor resurreccion; otros sufrieron escarnios y azotes, cadenas y cárceles: fueron apedreados, aserrados, probados, murieron muerte de espada, anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, desamparados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era digno, andando descaminados por los desiertos, en los montes y en las cuevas y en las cavernas de la tierra (20).” Mas en

(1) 3. Reg. xix. 19. 20.—(2) Amos, vii. 14. 15.—(3) 4. Reg. vi. 1. 4.—(4) 4. Reg. i. 8.—(5) Isai. xx. 2.—(6) Zachar. xiii. 4.—(7) Apoc. xi. 3.—(8) 1. Reg. ix. 7. 8.—(9) 4. Reg. iv. 42.—(10) 4. Reg. iv. 10.—(11) 4. Reg. v. 26. 27.—(12) 4. Reg. iv. 12. et seqq.—(13) Isai. vii. 3.—(14) Osee. i. 2.—(15) 4. Reg. iv. 1.—(16) 4. Reg. iv. 38. et seqq.—(17) 3. Reg. xix. 6.—(18) Dan. xiv. 32.—(19) 3. Reg. xviii. 13.—(20) Hebr. xi. 35.

medio de estas persecuciones y oprobios conservaron siempre una perpetua libertad; despreciaron la muerte, los peligros y los tormentos; atacaron con maravillosa intrepidez todo lo que se oponia á Dios; despreciaron las riquezas, la privanza y los honores con un desinterés que arrebatava la admiracion de los que procuraban hacer vacilar su constancia y provocar su ambicion.

Sus casas y congregaciones eran otros tantos asilos contra la impiedad; en ellas se consultaba al Señor, y se reunian los devotos para escuchar la lectura de la ley (1): otras tantas escuelas de virtud y abrigos de la inocencia; y aunque la profecía no depende de la industria, del estudio ni de la voluntad de los hombres, sucedia frecuéntemente que el Señor comunicase su Espíritu á los hijos ó discípulos de los profetas, ya fuese por la pureza de sus costumbres y santidad de su vida, ya porque su vocacion al estudio de la Sabiduría y de las doctrinas de sus maestros eran como disposiciones próximas al don de la profecía.

Algunos rabinos quieren dar conexión á este favor con el temperamento, con el estudio y otras causas exteriores (2). Era menester, dicen, para formar un profeta, que tuviera una imaginacion viva, un discurso sólido é ilustrado por el estudio, un temperamento fuerte y vigoroso: debia ademas cultivar sus disposiciones naturales por una seria dedicacion; vivir puro, y distante de los placeres sensuales aun en sus alimentos y bebida. Quieren tambien que las grandes emociones del alma sean obstáculos casi invencibles contra el ejercicio de aquella profesion. La cólera, la tristeza, el dolor, la prision y el destierro, como tambien la abundancia sobrada y los distinguidos honores, se oponen, segun ellos, á la impresion del Espíritu de Dios, propia de los profetas. Y por esta causa los Hebreos excluyen de esa clase á Daniel y á David, por cuanto su vida fué muy agena de la austeridad y sencillez que guardaron los demas que pertenecen á ella. Por otra parte pretenden que el espíritu de profecía nunca reside sino en un hombre sabio, rico y poderoso.

Mas esta opinion en casi todas sus partes se halla desmentida en la Escritura, que nos representa á la mayor parte de los profetas como muy pobres, y nos enseña que Dios ha hablado algunas veces por la boca de los malvados, como Balaam, Caifas, y aquellos que dirán segun el Evangelio: „Señor, no hemos profetizado en tu nombre (3)? En cuanto á la cólera, la tristeza y el dolor, confesamos que tales emociones pueden suspender la impresion del Espíritu Santo, como aparece en el ejemplo de Eliseo que habiéndose dejado llevar de algunos movimientos de indignacion, se vió obligado á valerse de la habilidad de un músico para calmar el exceso de su emocion (4); pero en cuanto al destierro, no podemos convenir en que sea un obstáculo para la profecía; pues David compuso muchos Salmos huyendo de Saul y durante la guerra de Absalon: Jeremías, Ezequiel y Daniel escribieron desterrados y cautivos, y algunos intérpretes son de parecer que muchos de nuestros cánticos

(1) 4. Reg. iv. 23.—(2) Maimonid. more Nebuchim. par. n. c. 2. 8. 32. et 36. et Grot. ad Sap. vii. 27. Vide et Kimchi, et Ligfoot y Basnage, historia de los Judios, lib. iv. c. 18.—(3) Matt. vii. 22.—(4) 4. Reg. iii. 15.

II.
Carácter de
la inspira-
cion de los
profetas.

fueron probablemente compuestos por los sacerdotes y levitas detenidos en Babilonia.

Aunque la profecía es un don de Dios puramente gratuito é independiente de la industria humana, no por eso excluye la aplicación ni el estudio, ni dejan de coadyuvar á ella la oración, el arreglo de la conducta y la sujeción de las pasiones. Daniel exhortaba á sus compañeros á implorar con él la misericordia del Dios del cielo para obtener la inteligencia del sueño que tuvo Nabucodonosor (1). El Señor dijo á Jeremías: „Clama á mí, y yo te oiré, y te anunciaré cosas muy grandes y muy ciertas que tú ignoras (2).” San Pedro nos dice que los antiguos profetas (3) procuraban con grande empeño adelantar en el conocimiento de la salud prometida, y que ellos inquirían el tiempo y coyuntura en que el Espíritu de Jesucristo que los instruía, les indicaba el cumplimiento de sus anuncios. Daniel (4) no comprendía lo que se le había revelado acerca de los tres tiempos y medio de la gran desolación, y por eso preguntaba al ángel lo que sucedería despues de ella; á lo que le respondió que se tranquilizara, porque aquellos acontecimientos debían permanecer sellados y ocultos hasta el tiempo prefijado. San Juan en el Apocalipsis (5) nos dice que vió un libro cerrado y que se aflijó, porque no se hallaba persona que pudiera abrirle.

Dios revela muchas veces á uno lo que oculta á otro, y descubre en un tiempo lo que tuvo hasta entónces secreto. Samuel (6) creyó al principio que el hijo mayor de Isaí era el elegido por el Señor para reinar. Jeremías (7) estuvo diez días en oración antes que el Señor le revelase lo que debían hacer los Judíos que se dirigieron á él despues de la toma de Jerusalem. Isaac dió su bendición á Jacob, persuadido de que era Esaú (8). Jacob prefirió á Efraim respecto de Manasses, contra lo que pensaba José, que era igualmente profeta (9). Natan hablaba á David por su propio espíritu cuando le decía que su resolución de fabricar á Dios un templo, era aprobada por el Señor (10). El profeta enviado á Jeroboam, rey de Israel, habló al principio á este príncipe por influjo del Espíritu Santo; pero despues fué engañado por un profeta falso (11). Eliseo confiesa que Dios le ha ocultado la causa de la aflicción de su huésped la Sunamitis (12). Finalmente, si el Espíritu del Señor estuviera constantemente en los profetas, no se verían en sus Escrituras las expresiones: *El Espíritu del Señor, ó la mano del Señor se ha hecho sentir sobre mí*, y semejantes; las cuales manifiestan, segun S. Gerónimo, que el Espíritu Santo solía retirarse de ellos por la fragilidad humana, y por las ocurrencias de la vida mortal (13).

Cuando ellos recibían la inspiración actual, no se sentían de tal manera conmovidos por el entusiasmo que los animaba, que no pudieran resistir á él; al contrario de los sacerdotes y sacerdotisas de los falsos dioses, poseidos de un mal espíritu, á cuyos movimien-

(1) Dan. ii. 17. 18.—(2) Jerem. xxxiii. 3.—(3) 1. Pet. i. 10. 11.—(4) Dan. xii. 8. *Ego audiui et non intellexi. Et dixi: Domine mi, quid erit post haec?*—(5) Apoc. v. 4.—(6) 1. Reg. xvi. 6.—(7) Jerem. xlii. 4. et seqq.—(8) Genes. xxvii. 22. 23.—(9) Genes. xlviii. 18. 19.—(10) 2. Reg. vii. 3.—(11) 3. Reg. xiii. 1. et seqq.—(12) 4. Reg. iv. 27.—(13) Hieronym. in Ezech. lb. xi. c. xxxv. col. 947. Vide et Epist. ad Damas. quaest. 3. et Origen. Homil. vii. in Numeros.

tos y agitaciones (1) no podían resistir, y que los privaban del uso de los sentidos y de la razón; de manera que no podían hablar ni obrar sino como autómatas. *Los espíritus de los profetas les están sujetos*, dice S. Pablo (2); y la Iglesia ha condenado el error de los Montanistas (3) que atribuían á los del Antiguo y Nuevo Testamento, lo que era propio de los sacerdotes de Apolo, los cuales dominados por un mal espíritu, hablaban á pesar de ellos mismos. Nuestros profetas eran por lo comun tranquilos en su entusiasmo; su espíritu estaba libre de nubes y obscuridades, y su corazón de pasiones violentas; mantenían el dominio de sí mismos, y no hablaban sino porque querían obedecer á la orden del Señor, y seguir la inclinación que les inspiraba; ellos sabían lo que decían, y comprendían muy bien el sentido de sus discursos. Si algunas veces el Espíritu Santo se explicaba de una manera que no le entendiesen bien, ellos le pedían la inteligencia, como se ve en Daniel (4) y en Zacarías (5); Dios á nadie forzaba á profetizar: Jonas (6) huyó por no ir á predicar á Ninive, á donde el Señor le enviaba; Isaías (7) se ofrece por sí mismo al ministerio de profeta; Moises (8) y Jeremías (9) lo resisten.

ARTICULO IV.

La profecía es una prueba de la religión. Certidumbre de las profecías de los Hebreos. Carácter de los verdaderos profetas.

Siendo el objeto propio de la profecía descubrir las cosas ocultas á las luces puramente naturales, se sigue que esta depende de Dios solo, y que donde quiera que se encuentre la verdadera profecía, se halla también la verdadera religión. El demonio podrá adivinar algunas veces lo que se esconde al conocimiento de los hombres; podrá anunciar acontecimientos que deban resultar de la combinación de algunas causas que le son conocidas, y que acaso estén dentro del alcance de sus fuerzas; mas nada de esto será una profecía verdadera. Para ser profeta es necesario descubrir con certeza é infalibilidad cosas absolutamente incógnitas, y cuya verificación no esté ligada necesariamente con las causas naturales. Que un astrónomo anuncie un eclipse de sol, ó un filósofo un acontecimiento natural que ha previsto en sus causas, nada tiene de extraordinario. Pero que un profeta asegure de antemano las circunstancias de un efecto puramente fortuito, y que depende de una ó de varias causas libres é indiferentes, y esto con muchos siglos de anticipación; que él pronostique el nacimiento de una persona, que diga su nombre, señale sus victorias, refiera su vida y su muerte, y de-

I.
La profecía es una prueba de la religión.

(1) Vide Virgil. *Aeneid.* vi. Platon. in *Tim.*—(2) 1. Cor. xiv. 32. *Spiritus prophetarum prophetis subjecti sunt.* (3) Véase á San Gerónimo, prefacio sobre Isaías, sobre Nahum y sobre Habacuc. *Orig. t. vi. in Joan. et lib. vii. contra Celsum. Ambros. in ps. xxxix. Chrysost. et Basil. in psal. xlv. 2. &c.*—(4) Dan. vii. 16. 19. viii. 15. ix. 22. 23. x. i. xii. 6. 8.—(5) Zach. i. 9. iv. 4. vi. 4.—(6) Jonas. i. 2. 3.—(7) *Isai. vi. 8. Et audiui vocem Domini dicentis: Quem mittam? et quis ibit nobis? Et dixi: Ecce ego; mitte me.*—(8) Exod. iii. 11. et seqq. (9) Jerem. i. 6. *Et dixi: A, a, a, (hebr. alit. Heu mi), Domine Deus, ecce nescio loqui, quia puer ego sum.*